

EL ENCUENTRO DE PERO TAFUR Y NICCOLÒ DEI CONTI

F. Javier Villalba Ruiz de Toledo
Universidad Autónoma de Madrid

ABSTRACT

With this paper we tried to analyze some of the conditions behind the story about the meeting between two European travelers in the land of Sinai in the late Middle Ages, included in one of the most famous Travel Book from that era: Andanças e Viajes of Pero Tafur. References to the Italian merchant, Niccolò dei Conti, allow a comparison with data given by the great humanist Francesco Poggio Bracciolini, although alluding to purely biographical aspects which are completely hidden in the work of the Italian.

RESUMEN

Con este trabajo hemos tratado de analizar alguno de los condicionantes que están detrás del relato del encuentro entre dos viajeros europeos en las tierras del Sinaí a finales de la Edad Media, incluido en uno de los Libros de Viaje más célebres de aquella época: las Andanças e Viajes de Pero Tafur. Las referencias al comerciante italiano, Niccolò dei Conti, permiten hacer una comparación con los datos que sobre el mismo nos proporciona el gran humanista Francesco Poggio Bracciolini, si bien abundando en unos aspectos puramente biográficos que quedan completamente ocultos en la obra del italiano.

KEY WORDS

Middle Ages, Travelers, Pero Tafur, Niccolò dei Conti, Francesco Poggio, Travel Books

PALABRAS CLAVE

Edad Media, Viajeros, Pero Tafur, Niccolò dei Conti, Francesco Poggio, Libros de Viaje

Abordaremos en las siguientes líneas algunos aspectos relativos al encuentro que tuvo lugar en la península del Sinaí entre un hidalgo español, Pero Tafur, y un comerciante y aventurero veneciano, Niccolò dei Conti, a finales de la Edad Media. Las circunstancias del propio viaje, así como las aspiraciones personales del español, siembran de incógnitas buena parte de su relato¹ y hasta el encuentro mismo con el italiano.

Pero antes de entrar en materia es necesario apuntar, aunque sea muy brevemente, la realidad en la que se enmarca, no ya esta aventura publicada en su día bajo el título de *Andanças e viajes*, sino la propia consideración de los viajes que se tiene en lo que podemos llamar la cristiandad latina. La fragmentación política de la Europa Occidental que tiene lugar a partir del siglo V detiene en seco las aspiraciones por profundizar en un conocimiento geográfico que, desde el punto de vista de las minúsculas monarquías que sustituyen al poder de Roma, carecía completamente de interés. La incapacidad de los reinos germánicos por dominar algo más que los límites de una simple provincia romana

¹ Entre las ediciones más recientes de las *Andanças e viajes* de Pero Tafur, contamos con la de PÉREZ PRIEGO, M.A. (Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2009) o la reedición de JIMÉNEZ DE LA ESPADA, M. (*Andanças é Viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos: (1435-1439)*). Nabu Press, 2010, así como la reedición en inglés de la de LETTS, M. *Pero Tafur: Travels and Adventures 1435-1439*. Reed. Piscataway: Gorgias Press LLC, 2007. Sobre el tema que nos ocupa, CRIVAT-VASILE A. publicó no hace mucho tiempo “El viaje de Nicolo dei Conti en los relatos de Pero Tafur y Poggio Bracciolini”, *Revista de Filología Románica*, 13, 1997, pp. 231-252.

fue reduciendo el horizonte de los escenarios donde a partir de entonces se desarrollaría su Historia.

Aunque hoy en día la arqueología está demostrando la continuidad en los intercambios comerciales durante la tardoantigüedad entre las regiones del Oriente Próximo y, cuando menos, las Cortes y los centros religiosos del mundo germánico², para la inmensa mayoría de la población el interés geográfico quedaba inscrito en el entorno inmediato de las tierras de las que obtenían su sustento o en las que residían. Llegado el momento, los pueblos de la periferia europea serán los que retomen un cierto interés expansivo, aunque desde una perspectiva necesariamente muy diferente a la que tuvo lugar en la época clásica. En consecuencia, y a partir de una inercia general por controlar únicamente el espacio inmediato, Europa se conformó a lo largo de varios siglos con elaborar una representación ideológica del mundo³.

Uno de los principales errores cometidos por la cristiandad latina fue la pérdida del conocimiento de la lengua griega, razón por la cual bebieron de reinterpretaciones romanas tardoimperiales, y muy especialmente de Gayo Julio Solino⁴. Tal vez fuera necesario para dotarse de una identidad bien definida frente a Bizancio, pero ello le relegó a una posición secundaria en la mayoría de los aspectos relacionados con el mundo de la cultura. A partir del siglo XII, la recuperación de algunas obras clásicas abrió el camino en Occidente hacia el verdadero conocimiento geográfico. Será ya en el siglo XV cuando, con la traducción de la *Geografía* de Ptolomeo⁵, el interés por una descripción científica de la Tierra se instale definitivamente en la mentalidad medieval. Autores como Pedro d'Ailly⁶ con su *Imago*

² Vid. por ejemplo LOSEBY, S.T. "Marseille: a late antique success story?", *Journal of Roman Studies* 82, 1992, pp. 165-85; BAILEY, D. M. *Excavations at El-Ashmunein, v: Pottery, Lamps and Glass of the Late Roman and Early Arab Periods*, Londres, 1998; FOSS, C. "The Lycian coast in the Byzantine age", *Dumbarton Oaks Papers*, 48, 1994, pp. 1-52; HALDON, J. "Production, distribution and demand in the Byzantine world, c. 660-840", en C. WICKHAM, y I. L. HANSEN, (eds.), *The Long Eighth Century: Production, Distribution and Demand*, Leiden, 2000, pp. 225-64; WICKHAM, C. "Italy at the end of the Mediterranean world-system", *Journal of Roman Archaeology*, 13, 2000, pp. 818-24; y sobre todo, KINGSLEY, S. y DECKER, M. (eds.), *Economy and Exchange in the East Mediterranean during Late Antiquity*, Oxford, 2001.

³ Durante varios siglos, Europa se conformó con elaborar una representación ideológica del mundo que contuviera las directrices fundamentales diseñadas por la Iglesia cristiana, si bien es verdad que partiendo de las pautas cosmográficas del mundo clásico. Partiendo de los estudios helenísticos, Roma tenía pleno conocimiento del espacio territorial europeo, norafricano y asiático hasta el Indico. Uno de los ejemplos mejor conocidos de la cartografía romana, la *Tabula Peutingeriana*, contiene información geográfica desde Inglaterra hasta la India, y está basada en los itinerarios romanos del siglo I d.C. Se estima su realización en el siglo IV, aunque las copias que conservamos son del siglo XVI y contienen algunos añadidos sobre el mapa original.

⁴ GAYO JULIO SOLINO, *Colección de hechos memorables o el erudito*, trad. de F. J. FERNÁNDEZ NIETO, Madrid, 2001.

⁵ Aunque desde el siglo VI a.C. el mundo griego comienza a desarrollar los estudios de Geografía, habremos de esperar hasta el siglo II d.C., con la obra de Ptolomeo, para que esta disciplina alcance cotas de verdadero interés. Ptolomeo, heredero de la tradición geográfica alejandrina, elaborará el primer Atlas Universal. Pero Roma va a paralizar el ya largo y fructífero recorrido de las observaciones geográficas al supeditar las mismas al dominio político del Imperio. Su único propósito será elaborar una cartografía destinada al control del mundo romano, dejando de lado la comprensión teórica del globo. En el incombustible Imperio Romano de Oriente, aunque se mantiene ese espíritu práctico, el interés por preservar las huellas del pasado histórico y cultural que le van a definir y sostener, supone, entre otras muchas cosas, la conservación de obras como la *Geografía* de Ptolomeo. En su momento, el mundo medieval se servirá de ella para acercarse definitivamente a la comprensión del espacio que le rodea.

⁶ En 1410 aparece una obra fundamental en la evolución general de la cartografía en Occidente: el *Imago mundi* de Pedro d'Ailly. Los escritos sobre cosmografía del que fuera arzobispo de Cambrai, tuvieron una gran acogida durante el siglo XV, aunque los grandes descubrimientos de la siguiente centuria lo hicieron caer en el olvido. D'Ailly fue un personaje realmente influyente en los problemas teológicos de finales del

Mundi o el *Compendium Cosmographiae* elaboran una cartografía real del mundo conocido que dio pie a imaginar toda una serie de nuevas rutas para enlazar la vieja Europa con el Extremo Oriente. Allí estaría, pues, el origen de las grandes aventuras de la expansión europea que abren de par en par las puertas del mundo moderno.

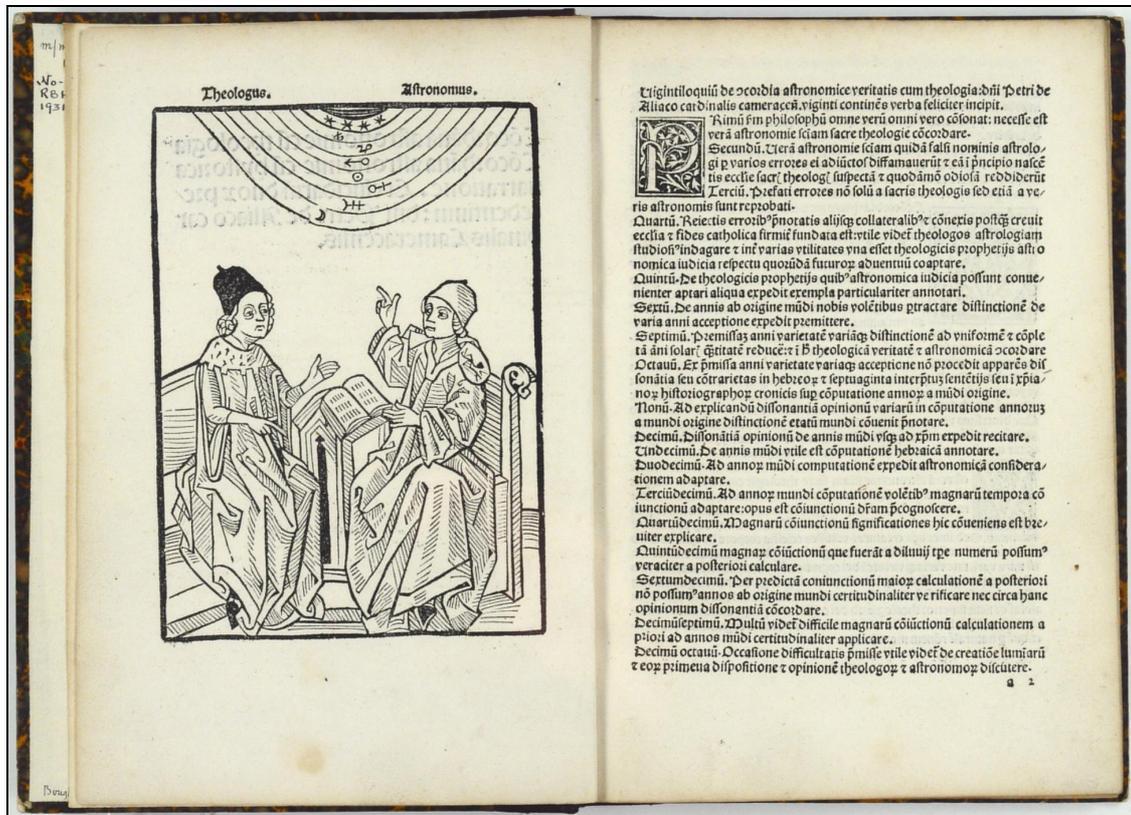


Fig. 1. Concordantia astronomie cum theologia, de Pedro d'Ailly

Pero la semilla para semejante cambio de actitud hay que situarla algo antes en el tiempo, pues surgirá con la peregrinación a Tierra Santa y el paralelo fenómeno de las Cruzadas, que sirvieron, junto al desarrollo urbano y mercantil, para que los europeos se apasionen por los viajes. Tanto la creación de los Estados Latinos de Oriente, como, sobre todo, la fascinación que provocó la corte de Constantinopla y las grandiosas ciudades islámicas del Próximo Oriente, llevó a los habitantes del Occidente de Europa a desear trasladarse a ese nuevo mundo. La persecución de riquezas -o al menos la huida de la pobreza-, junto a motivos religiosos o de simple curiosidad, están detrás de las primeras aventuras de desplazamientos largos y masivos durante la Plena Edad Media. Como señalaba Mijail Zaborov⁷, los peregrinos que regresaban de Jerusalem y Constantinopla transmitían imágenes de la opulencia y maravillas de Oriente que luego, por medio de los juglares, encendían la fantasía de la nobleza occidental. Y es que resultaba sencillo

siglo XIV y comienzos del XV, teniendo un lugar destacado en el célebre Concilio de Constanza que puso el punto final al Cisma de Occidente. El *Imago mundi* está compuesto por una serie de 12 tratados sobre geografía, astronomía y problemas de calendario. Desde el punto de vista cartográfico, el *Imago mundi* utiliza como referencia las directrices de la *Geografía* de Ptolomeo, aunque el resultado sea una simple esquematización de la Tierra. No obstante, la obra será crucial en tanto que expone una visión "oficial" de la Iglesia acerca de la distribución de tierras en el globo, lo que será de vital importancia para el desarrollo de las grandes aventuras ultramarinas que tienen lugar durante los siglos XV y XVI.

⁷ *Historia de las Cruzadas*, Madrid, 1985, p. 53.

despertar la ilusión por lugares lejanos en una población que durante buena parte de la Edad Media, y como acertadamente advirtiera José Luis Romero, “*nadie sabía qué comenzaba más allá del bosque o la colina, más allá del mar casi desconocido. La ignorancia había poblado la lejanía de misterios y la imaginación se prestaba a recibir las más absurdas noticias acerca de lo que constituía el mundo remoto*”⁸.

De manera particular, el desarrollo de las ciudades impulsó el auge de los viajes a partir del siglo XI, pues éstos estarán íntimamente ligados al comercio y a la mayor capacidad de movimientos de la burguesía. Sólo hay que pensar en el auge de las potencias marítimas norteafricanas, como Venecia o Génova. Se termina así con un aislamiento entre los distintos territorios de la Europa Occidental que había durado siglos. Pero junto al desarrollo urbano, las Universidades y su carácter internacional posibilitaron que la sociedad europea perdiera el miedo a desplazarse.

La misma Iglesia que impulsara en su momento la peregrinación o la Cruzada, será la responsable de diseñar todo un modelo de evangelización que servirá de llave para la apertura de nuevos mundos: la Europa nórdica y anglosajona primero, y el continente asiático después. Los franciscanos y los dominicos fueron los primeros europeos en aventurarse en el mundo de las estepas. Tanto sus testimonios como los de otros ilustres viajeros laicos, alimentaron la fascinación por Oriente. Ya en el siglo XIII, y en parte debido a esa mezcla de admiración y temor que infundieron los mongoles, las comitivas diplomáticas que parten desde todos los rincones de Europa representaron un último impulso en el afán de descubrir las maravillas de Oriente. Y es que desde el siglo XII en adelante se está logrando aglutinar en las estepas euroasiáticas un poder desconocido y tremendamente potente que inevitablemente pone en guardia al conjunto de las entidades políticas cristianas, tanto las latinas como las bizantinas: desde Gengis Khan hasta Tamerlán, los mongoles simbolizan el enorme empuje y poder de Oriente y se hace indispensable conocerlo e integrarlo definitivamente⁹.

Pero no es menos cierto que a partir del siglo XIII se frena el fenómeno de la peregrinación debido a que la Iglesia desaconseja este tipo de viajes¹⁰, abogando desde entonces por unas manifestaciones de piedad popular mucho más interiorizadas. Se recomienda la reflexión y la ascesis antes que la visita física de lugares santos o reliquias, razón por la cual el mundo de los viajes queda más definido en el entorno mercantil y político o, en todo caso, aventurero o de observación, pero con menores condicionantes religiosos.

Las directrices religiosas, no obstante, no lograrán ahogar completamente la fascinación que produce el mundo oriental en la mentalidad popular. Durante la Baja Edad Media, ese sueño estará sólo al alcance de los poderosos y de los que, frente a los antiguos peregrinos, recorren ahora los caminos que unen los dos universos cristianos e incluso permiten alcanzar el Lejano Oriente.

Porque en definitiva, la fascinación por Oriente tiene mucho que ver con las raíces cristianas de la cultura europea. A nadie se le escapa que, junto al origen mismo del cristianismo, la Biblia transmite una imagen simbólica y mágica de las tierras orientales al

⁸ *La Edad Media*, reed. Buenos Aires, 2006, p. 155.

⁹ Para una aproximación adecuada, vid. Por ejemplo, DE HARTOG, L. *Genghis Khan: Conqueror of the world*. New York, 1999; KOMAROFF, L. *The legacy of Genghis Khan: courtly art and culture in western Asia, 1256-1353*. New York, 2002; RATCHNEVSKY, P. *Genghis Khan: his life and legacy*. New Jersey, 1993; SERRANO, E. *Tamerlán*. Editorial Barcelona, 2003; COWIE V. A., *A study of the early development of mongols*. Oxford, 1970; HOWORTH, S. H.H. *History of the Mongols, from the 9th to the 19th Century: The Mongols of Persia*. Londres, 1880; y particularmente la reedición de MORGAN, D. *The Mongols*. Oxford, 2007.

¹⁰ GARCÍA DE CORTÁZAR, J.A. “El hombre medieval como ‘homo viator’: peregrinos y viajeros” *IV Semana de Estudios Medievales*, Logroño, 1994, p. 16.

situar en ellas a los sabios que fueron a adorar a Jesús leyendo las señales del cielo. De alguna manera, todos los mitos que la Europa occidental siempre ha recreado en las lejanas tierras de Oriente están recogidos en la historia de los Magos, una historia que nos habla de sabiduría, riquezas y peregrinación.



Fig. 2. Mapamundi de Fra Mauro, en el que el Sur se encuentra en la parte superior, al modo de los cartógrafos árabes. Año 1459 (Biblioteca Nazionale Marciana, Venecia)

Refiriéndonos, como vamos a hacer, a un Libro de viajes elaborado en la España bajomedieval, conviene recordar que los reinos peninsulares gozaron durante casi toda la Edad Media de una convivencia -no siempre fácil, pero fructífera- con el Islam, que les acercó a esas claves culturales de Oriente. Así mismo, el interés político de la Corona de Aragón por Oriente actúa como vehículo de promoción de esas tierras en el resto de la Península. Ambas circunstancias explican con toda claridad que en los reinos hispánicos se lleven a cabo las traducciones de obras tan afamadas ya en Europa como el Libro de Marco Polo, el relato de John Mandeville o el de fray Odorico de Pordenone.

Junto a los desplazamientos comerciales y de peregrinación, el mundo medieval desarrolla en sus últimos siglos una nueva categoría que habrá de proporcionarnos singulares descripciones del mundo conocido. En la segunda mitad del siglo XI, y como uno de los ejes de la política reformista de la Santa Sede, el pontificado será el responsable de un decidido impulso a la figura de los embajadores mediante la multiplicación de sus legados a lo largo y ancho de la cristiandad. El cuerpo diplomático, que va nutriendo progresivamente las Cortes de toda Europa, terminará por romper las barreras de su entorno natural, procurando establecer contactos más allá de los límites del mundo cristiano. Precisamente en semejante propósito debemos ubicar la misión diplomática oficial enviada por Enrique III de Castilla a la corte de Tamerlán que tiene lugar a

comienzos del siglo XV. Con el relato de la *embajada a Tamerlán*, Castilla comienza a ser para el resto de la Europa Occidental un referente ineludible acerca del Imperio mongol, como Venecia lo era ya para China¹¹.

Y precisamente uno de los ejemplos más claros de la influencia de la embajada a Tamerlán, que se difundió por medio del trabajo de Ruy González de Clavijo, lo encontramos en la obra de mediados del siglo XV que, bajo el título de *Andanças e viajes*, escribiera Pero Tafur. Esa Europa de finales de la Edad Media vivía fascinada por el mundo que, poco a poco, se iba ensanchando y tomando forma. No podemos olvidar que fue precisamente el ansia de conocer mejor el misterioso Oriente lo que llevó a los europeos a buscar una ruta más corta hacia el mismo, abriendo las puertas del Nuevo Mundo. Entonces como hoy, los hombres tenían perfecta conciencia de la división del mundo en espacios de civilizaciones. Es claro que sus escasos conocimientos geográficos les impedían precisar con detalle esos límites, pero ello no es inconveniente para suplir el mundo de lo real con otros imaginarios. En el espacio exterior o Universo, nosotros también hemos ido creando una imagen de entornos y seres fantásticos que se diferencian muy poco de los que engendraron las mentes medievales. Pues bien, esos espacios de civilizaciones creados en la Edad Media estarían representados, fundamentalmente, por el Mediterráneo, la India y China.

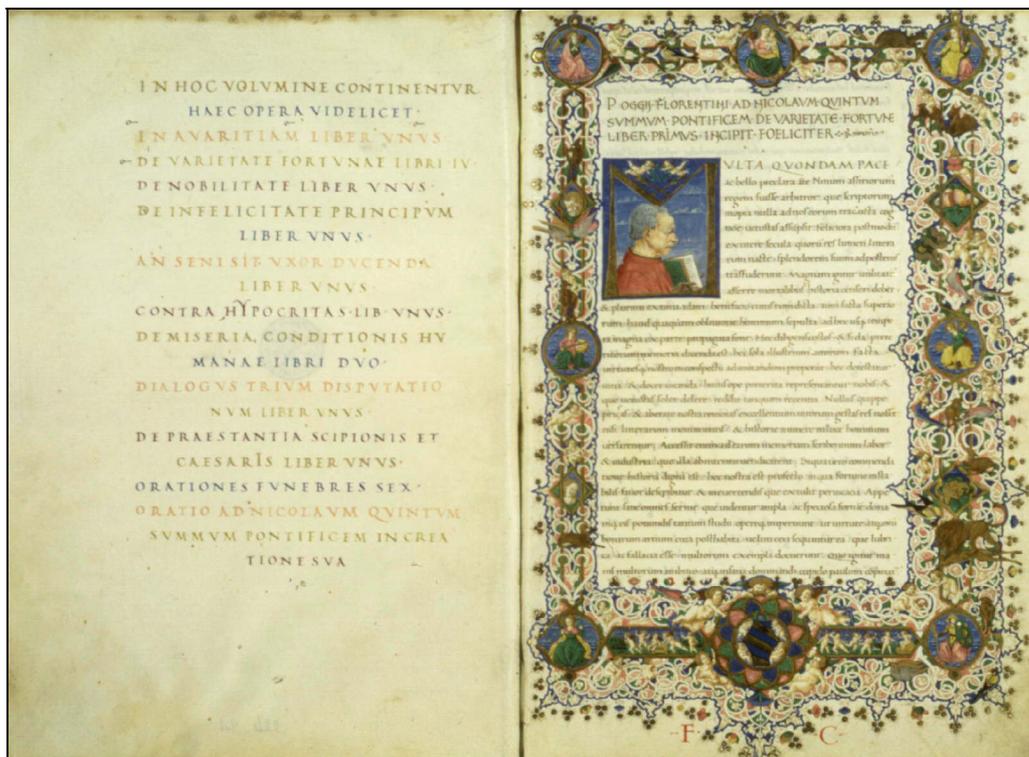


Fig. 3. Edición miniada de la obra de Poggio Bracciolini *De varietate fortunae*

Centrándonos ya en el libro de Tafur, hemos de señalar que contiene el relato de un viaje por Europa y el Próximo Oriente de tres años de duración -entre 1436 y 1439-

¹¹ De entre las distintas ediciones de la Embajada de Ruy González de Clavijo, podemos consultar la de LÓPEZ ESTRADA, F. *Embajada a Tamorlán: Estudio y edición de un manuscrito del siglo XV*, Madrid, 1943; así como el reciente estudio de LÓPEZ GUZMÁN, R.J. y DOMÍNGUEZ ROJAS, S.M. «Relación del viaje de Ruy González de Clavijo», en *Viaje a Samarkanda: relación de la embajada de Ruy González de Clavijo, (1403-1406)*, coord. por Rafael Jesús López Guzmán, Bárbara Boloix Gallardo, Granada, 2009, pp. 115-132.

narrado en primera persona por un hidalgo andaluz criado en la casa de Luis de Guzmán, maestre de Calatrava, a quien está dedicado el libro. Se describen en la obra varios viajes distintos, siendo el que corresponde a Oriente aquel que tiene lugar entre mayo de 1438 y el mismo mes del año siguiente.

La orientación que dicho relato ofrece a sus contemporáneos no es otra que la de recuperar la vinculación del mundo cristiano con Oriente tras la pérdida de Constantinopla. Para ello se enaltecen a propósito los aspectos mágicos y fabulosos de los lugares visitados, poniendo el foco en todos los mitos medievales y tratando de elevarlos a la categoría de la experiencia contrastada. Hay que pensar que, aunque la obra narra unos hechos ocurridos en los años señalados, su redacción hay que situarla después de 1453, siendo bastante probable que el sentimiento de esa pérdida y peligro que supuso la entrada de la capital bizantina en la órbita turca actuara como reclamo para que Pero Tafur se decidiera a escribir su experiencia de años atrás. Así lo expresan, al menos, la mayoría de los estudiosos de esta obra, comenzando por Franco Meregalli¹². Se trataría, para el ilustre hispanista italiano, de una forma de hacer sentir al mundo cristiano su íntima vinculación histórica con ese Oriente que había caído en manos de los turcos.

Es posible que Tafur llevara durante su periplo un cuaderno de notas con sus impresiones a modo de diario, del que se sirvió después para dar continuidad a su relato. Como cualquier turista moderno, el motivo de sus notas está impregnado por el deseo de transmitir a su vuelta las imágenes y sensaciones que ha tenido en el viaje. James Fitzmaurice Kelly opina que Tafur “*es el precursor del turista moderno: curioso, crédulo, irreflexivo, audaz, y de una sencillez deliciosa*”¹³. Para Franco Meregalli, por su parte, el libro de Tafur “*es un libro de estímulo para los aventureros y de evasión para los sedentarios*”¹⁴.

De ahí que la mayor parte de las veces se nos muestre una descripción visual acompañada de las peculiaridades de cada grupo poblacional. Sin embargo, al ser en aquel momento absolutamente extraordinario la realización de un viaje tan largo en el tiempo y en el espacio, Tafur se ve a sí mismo como un pseudo embajador del rey castellano. El espíritu de la *Embajada a Tamorlan* de Ruy González de Clavijo, como ya indicamos antes, salpica constantemente las páginas del aventurero andaluz, tratando de mostrar a sus contemporáneos el prestigio de Castilla en los lugares más remotos de la tierra. Y es que la influencia de aquel relato no es casual. El profesor Córdoba nos describe magistralmente la impresión que debió causar a los emisarios del rey castellano algunos episodios previos a su visita, como la batalla de Ankara de julio de 1402 que pudieron observar directamente Payo Gómez de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos, y que propició el envío de la embajada de González de Clavijo al año siguiente. En sus propias palabras, “*asistieron sobrecogidos en las llanuras de Ankara, en el corazón de Anatolia, a una de las batallas más tremendas de toda la historia humana, en la que más de medio millón de guerreros turcos y mongoles se enfrentaron a muerte hasta la caída de la noche. Familiarizados con los mortales pero limitados choques de entonces en la frontera granadina, la batalla y los ejércitos luchando en Ankara debieron producir en los nobles castellanos un tremendo estupor, ante la desmesurada fuerza desplegada por aquellos colosos de Oriente*”¹⁵.

¹² MEREGALLI, F. “Las memorias de Pero Tafur”, *DICENDA. Cuadernos de Filología Hispánica*, Universidad Complutense de Madrid, 6, 1987, pp. 297-305.

¹³ FITZMAURICE KELLY, J. *Historia de la Literatura Española*, Madrid, 1926, p.87.

¹⁴ MEREGALLI, F. *Cronisti e viaggiatori castigliani del Quattrocento*, Milán, 1957, p. 68.

¹⁵ CÓRDOBA ZOILO, J. M^a “La atracción por Oriente”, en NOVOA PORTELA, F. y VILLALBA RUIZ DE TOLEDO, F. J. (eds.) *Viajes y viajeros en la Europa medieval*, Barcelona, 2007, p. 94. F. LÓPEZ ESTRADA señala que los viajes bajomedievales que fueron relatados en su momento siguen siempre un rumbo oriental, tanto si se trata de viajes religiosos como de civiles. El interés o la curiosidad por Oriente es lo que genera tal coincidencia, “Viajeros castellanos a Oriente en el siglo XV”, en *Viajes y viajeros en la*

Pero Tafur, que desde luego no ha visto nada parecido, siente la necesidad de utilizar el prestigio alcanzado por los embajadores presentándose constantemente ante sus lectores, si no como diplomático de la Corte de Juan II, sí al menos como un súbdito leal que trata de llevar a los confines del mundo el nombre de su rey. Llamen la atención, en ese sentido, los presentes que Tafur dice recibir en las distintas cortes que visita, hecho que siempre vincula a su condición de emisario del rey castellano.

Como ya dijimos antes, los mitos y referencias religiosas más importantes del hombre medieval están puntualmente recogidos en las *Andanças e viajes*. Incluso podríamos decir que en varias ocasiones parece como si el objetivo final del viaje fuera el de testimoniar la existencia de los diferentes lugares que habían merecido algún tipo de veneración para el ámbito cultural del mundo cristiano. Así, en Tierra Santa, Pero Tafur relata la sistemática visita de todos los lugares en donde hay significación religiosa: el monasterio de San Jorge en la ciudad de Roma, donde, según él, descansa su cuerpo “*e aun dizen que allí mató al dragón*”; el monasterio de Monte Sion, el Santo Sepulcro, la casa de la Virgen María, el cenáculo, el Gólgota, lugares concretos en los que se desarrolló la vida de Jesús, desde el huerto de los Olivos hasta la calle de la Amargura, y no pocas escenas bíblicas o de la vida de los santos, como el lugar en que fue lapidado San Esteban o la sepultura de la Virgen, todo ello en Jerusalem. Otro tanto ocurre en sus visitas a Belén -el pesebre, el lugar de nacimiento de San Juan Bautista-, Jericó -el lugar en que Juan bautizó a Jesús- o Betania -donde el diablo tentó a Jesús-.

Pero si hay un pasaje al que todos los estudios dedicados a los viajes y viajeros medievales suelen prestar una especial atención es al encuentro entre Pero Tafur y Niccolò dei Conti. Ello está plenamente justificado, no tanto por la veracidad del mismo o por las originales aportaciones del escritor andaluz -que admiten todo tipo de reservas y críticas-, cuanto por lo que representa la incorporación de una “cuña” referida al mundo más oriental en un Libro de viajes como el que nos ocupa. José Vives, incluso, dedicó un apartado del estudio dedicado a las *Andanças e viajes* a comparar las referencias que proporciona Tafur sobre el viajero italiano con las de Francesco Poggio Bracciolini¹⁶, insigne humanista del que enseguida hablaremos.

La importancia del encuentro radica en la incorporación al texto de Tafur de la experiencia en Oriente de un comerciante y aventurero que durante mucho tiempo observó -e interpretó- ese mundo tan alejado de la realidad occidental. Niccolò dei Conti, nacido probablemente en 1395, partió en 1414 hacia Damasco por ser éste un centro caravanero de primera importancia. Desde allí se desplazará incesantemente llegando a conocer gran parte del continente asiático, especialmente su costa, que recorrió durante veinticinco años. Desde su condición de mercader tuvo ocasión de conocer todas las tierras que albergaban los grandes mitos de las civilizaciones de Oriente para el hombre medieval: desde la actual Irak hasta el sudeste asiático. En el transcurso de sus viajes llegó a formar una familia con la que terminó por abrazar el Islam, abjurando de su religión cristiana¹⁷. Según refiere Tafur, tal decisión estuvo motivada por su propia seguridad personal y la de los suyos, pues fueron obligados a ello para salvar la vida. Desde su llegada a Italia en 1439, y hasta 1449, no sabemos nada de Conti. Es posible que ejerciera su oficio de mercader en Venecia. A partir de 1449, y tal vez debido a su fama internacional, llega a desempeñar funciones de representación política para sus conciudadanos.

España medieval. Actas del V Curso de Cultura Medieval celebrado en Aguilar de Campoo del 20 al 23 de septiembre de 1993, Madrid, 1997, p. 61.

¹⁶ VIVES GATELL, J. *Andanças e viajes de un hidalgo español (Pero Tafur, 1436-1439)*, Barcelona, 1947, pp. 60-61.

¹⁷ MÉNARD, D. *Le voyage aux Indes de Niccolo dei Conti 1414-1439*, París, 2004.



Fig. 4. Litografía coloreada del Monte Sinaí. David Roberts, 1840

Si el episodio de Tafur es cierto, Conti se encontró con él cerca del Sinaí cuando se dirigía el comerciante a Florencia para solicitar el perdón del Papa Eugenio IV por haber renegado de su fe. Las fechas, desde luego, coinciden, aunque también hay que pensar que, para cuando Tafur escribe su obra, Conti se había convertido en un afamado viajero e impulsor de las *maravillas* de Oriente. Veamos cómo el propio Tafur describe su encuentro con el mercader italiano: “Yo fui por la costa del mar Vermejo, que es media legua del monte de Synay, por ver como vinía la caravana, é fallé que vinía allí un veneciano que dezían Nicolo de Conto, gentil onbre de natura, é traya consigo su muger é dos fijos é una fija, que ovo en la India, é vinía él é ellos tornados moros, que los fizieron renegar en la Meca, que es su casa Santa”¹⁸.

Aunque no poseemos ningún relato de primera mano del italiano, el occidente medieval conocía de sobra sus aventuras a partir de los escritos del mencionado Poggio Bracciolini. Se trataba del secretario apostólico y posterior canciller de la República de Florencia, que durante la primera mitad del siglo XV encarna a la perfección el espíritu y la formación humanista, destacando en la recuperación y traducción al latín de todo tipo de manuscritos del mundo clásico. Entre su abundante obra personal, muy vinculada a los avatares del Concilio de Ferrara-Florencia, que luchaba por la recuperación de la unidad de las iglesias católica y ortodoxa, se encuentra la *Historiae de varietate fortunae*¹⁹, que incluye en su Libro IV el relato de Niccolò dei Conti. Tal incorporación se explica por el interés mostrado entre los integrantes del Concilio hacia las comunidades cristianas que viven en un clima, si no hostil, al menos poco propicio para su normal desarrollo en las tierras de Oriente.

La reunión conciliar que se prolonga entre 1438 y 1442 pretende anular los planteamientos dogmáticos diferenciadores que permitieron en su momento consolidar comunidades cristianas como la armenia, mesopotámica o caldea. Resulta conveniente tratar de entender las circunstancias particulares que habían llevado a tales comunidades a

¹⁸ PÉREZ PRIEGO, M.A. (ed.), *Pero Tafur. Andanças e viajes*, Sevilla, 2009, pp. 94-95.

¹⁹ POGGIO BRACCIOLINI, G.F. *De varietate fortunae: edizione critica con introduzione e commento a cura di Outi Merisalo*, Helsinki, 1993.

desviarse de los postulados de Roma, para lo que era absolutamente prioritario conocer sus condiciones de vida y formas de convivencia con otras religiones. El relato de Conti se convierte así, para Poggio, en un inmejorable testimonio de lo que ocurría en aquellas tierras.

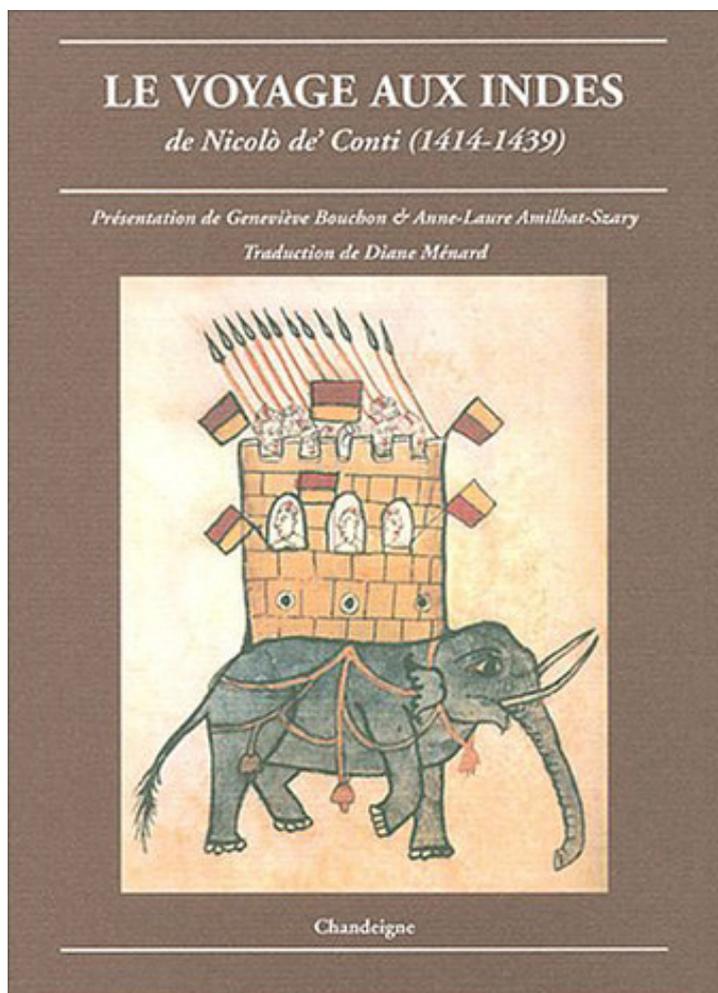


Fig. 5. Edición moderna a cargo de D. Ménard de los viajes de Niccolò dei Conti contenidos en la obra de Poggio Bracciolini

Toda la información del secretario apostólico acerca de las lejanas poblaciones de Oriente está perfectamente sistematizada en bloques coherentes que repasan la situación religiosa y costumbres elementales por un lado, informa sobre la rentabilidad física y posibilidades de riqueza del suelo por otro, y nos acerca a los usos jurídicos, rituales y rasgos culturales avanzados, como la lengua o los sistemas de comercio, por último.

Con una mentalidad científica que es todavía una rareza en los años centrales del siglo XV, Poggio se acerca por medio de otras fuentes de información a la descripción de Etiopía, en la que no hay una sola referencia al legendario Preste Juan. Ese detalle tan singular nos permite aproximarnos con una cierta seguridad a las notas entresacadas del relato de Conti al mismo tiempo que explica el por qué de la ausencia de datos biográficos del mercader italiano. Es como si el erudito huyese conscientemente de los detalles que pudieran alejarse del rigor científico que pretende imprimir a su relato, si bien no renuncia a exponer el exotismo y peculiaridad del mundo oriental, sin el cual los potenciales lectores de su época no habrían tenido los suficientes alicientes como para acercarse a su obra.

El interés de Poggio Bracciolini por los descubrimientos geográficos es evidente, pues se deshace en elogios hacia el rey Enrique el Navegante de Portugal por su impulso a

los viajes de exploración. La Italia humanista en la que éste se mueve es, por otra parte, un foco de interés geográfico que trata, entre otras cosas, de descifrar la localización de los topónimos de los textos clásicos.

Ignoramos las causas precisas que llevaron a Poggio a recopilar la información proporcionada por Conti, pero lo que está fuera de toda duda es que su texto será complementado unos años después por Pero Tafur. Mientras el oficial de la Curia se centra en la sistematización de unos datos proyectados hacia el conocimiento de realidades lejanas, el aventurero andaluz nos ofrece, principalmente, material biográfico de Conti.

Como señala Anca Crivat-Vasile²⁰, los dos relatos que poseemos de las aventuras de Niccolo dei Conti, la de Poggio y la de Pero Tafur, responden a intencionalidades bien diferentes. Muy en síntesis podríamos admitir con Crivat que Poggio Bracciolini elabora a partir de las experiencias del italiano un “mapa en prosa” al que acompaña un estudio antropológico de las tierras descritas. Tafur, sin embargo, más interesado por desempolvar a los grandes mitos con que sueña la Europa del siglo XV, especialmente tras la pérdida de la referencia que suponía el Imperio Romano de Oriente, describe con todo lujo de detalles al Preste Juan, aunque, tal vez para dar más autenticidad a su relato, pone en boca de Conti el desconocimiento de muchos de los seres fantásticos que el imaginario colectivo siempre había ubicado en tan lejanas tierras. José Vives Gatell define las diferencias entre los dos relatos de manera más precisa, en función de las finalidades de ambos: Poggio tiene un interés informativo en los más estrictos parámetros del humanismo, mientras que Tafur únicamente procura presentar un cuadro de las maravillas de Oriente. Ni siquiera pone en duda la existencia del Paraíso Terrenal, alimento constante de la potente imaginación de sus contemporáneos.

Francis M. Rogers²¹ puso hace ya muchos años de manifiesto la extraordinaria divulgación que, al menos en los ambientes eruditos del siglo XV, tuvo la obra de Poggio, y en particular el Libro IV de su *Historiae de varietate fortunae*. Aunque para fines diametralmente opuestos a los que persigue el secretario del Papa, Jacopo Filippo Foresti o Giuliano Dati utilizaron la documentación contenida en su texto para alimentar la figura mítica del Preste Juan. A ellos, como a Tafur, les mueve el ansia por aferrarse a las grandes referencias legendarias que definían un mundo que se les estaba escapando entre los dedos.

No podemos olvidar que la segunda mitad del siglo XV es una de esas etapas históricas en la que buena parte de la sociedad europea tiene conciencia de estar viviendo el final de un ciclo. Todos los valores encerrados en un código de la caballería que se ha ido nutriendo de valores y principios a través de los siglos, están dando paso a una visión más eficiente de las relaciones sociales y políticas, y son muchos los que se quedan atrapados voluntariamente en el pasado para no dar facilidades a un porvenir que no entienden y que, sobre todo, les inquieta.

Todavía en los siglos XVI y XVII es fácil detectar la resistencia de la población europea hacia la pérdida de referencias que ha venido de la mano del mundo moderno. Tal actitud justifica el éxito editorial de algunas obras que aún contienen las trazas de lo que podríamos denominar como “mentalidad caballeresca”, e incluso la aparición de grandes hitos de la literatura universal que, aun ridiculizando algunas formas de pensar del pasado inmediato, destilan añoranza por todas partes. Me refiero, naturalmente, al *Orlando furioso* o al *Quijote*. Pues bien, de entre las obras ahora recuperadas, merece un lugar importante la de Poggio, de la que surgen numerosas traducciones a las lenguas vernáculas europeas a partir de la redacción latina original. De 1502 data la primera de ellas elaborada por

²⁰ CRIVAT-VASILE, A. “El viaje de Nicolo del Conti en los relatos de Pero Tafur y Poggio Bracciolini”, *Revista de Filología Románica*, Universidad Complutense, 13, 1997, pp. 231-252.

²¹ ROGERS, F.M. *The Quest for Eastern Christians. Travels and rumor in the Age of Discovery*, Minneapolis, 1962.

Valentín Fernandes al portugués, que acompañaba en el mismo volumen a otras narraciones de viajes, como el famoso *Libro de las Maravillas* de Marco Polo. Sin duda ninguna, el interés por este tipo de relatos despiertan las iniciativas de los monarcas portugueses y españoles respecto a grandes expediciones ultramarinas a fines de la Edad Media, y demandan el esfuerzo de traducción de obras como a las que estamos aludiendo. Sólo un año después, en 1503, el relato de Poggio era traducido también al castellano por Rodrigo de Santaella.

Pero Tafur, como ya hemos dicho, nos proporciona un complemento muy interesante al texto de Poggio, pues aborda una sucinta biografía de Niccolò dei Conti por medio de la cual podemos entender mejor al personaje. Se le concede, por ejemplo, una gran importancia a esa renuncia obligada a la fe cristiana que condicionó siempre el modo de proceder del italiano durante los largos e ininterrumpidos años de viaje por el continente asiático.

Pero sobre todo conviene insistir en el hecho de que Tafur utiliza el encuentro con el mercader italiano para relatar una experiencia personal -aunque no propia- sobre el Extremo Oriente que remate adecuadamente su trabajo. Tafur necesita incorporar en su obra noticias sobre el reino del Preste Juan, el Paraíso Terrenal, la tierra milagrosa de la India o los detalles de los seres monstruosos que habitan esos recónditos lugares. Demuestra con ello ser un individuo mucho más identificado con la sociedad de su tiempo que el humanista y erudito Francesco Poggio Bracciolini, lo que le otorga un valor especial a su narración.

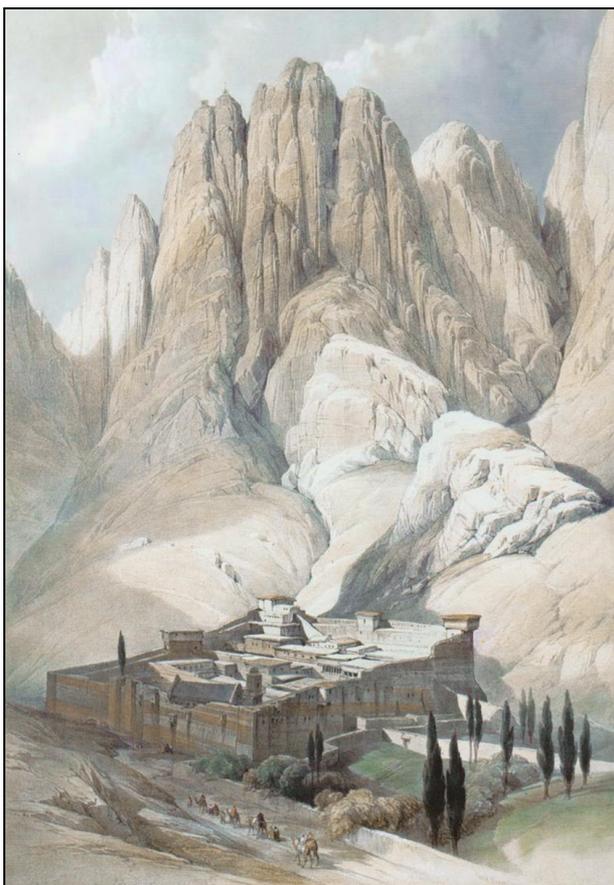


Fig. 6. El monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí. David Roberts, 1840

Ya hemos visto que el Libro IV de la *Historia de Varietate Fortunae* debió tener cierta difusión a lo largo de la segunda mitad del siglo XV, aunque nada comparable al enorme éxito editorial que tiene lugar en la centuria siguiente, cuando fue traducida, entre otras lenguas, al español. Por medio de alguna de esas primeras copias, Pero Tafur debió conocer todos los detalles de la narración de Conti. La falta de coincidencia entre lo que supuestamente cuenta el mercader italiano a Poggio y a Tafur -especialmente en lo referente al Preste Juan, silenciado completamente por el primero, quien únicamente se refiere al rey de Etiopía-, invita a pensar en una invención del hidalgo español por motivos editoriales o, simplemente, por aspirar a la credibilidad entre sus lectores, incluidos los más versados en este tipo de relatos de viaje, mediante la incorporación de mitos tan célebres. Y es que, como señala Miguel Angel Pérez Priego, entre las

leyendas de más impacto que viajaron por el mundo medieval, estaba la del Preste Juan de

las Indias, aparecida en el siglo XII cuando, en una supuesta carta dirigida al emperador de Occidente, se autoproclamaba señor de unos territorios que iban desde la India hasta el desierto de Babilonia²². En cualquier caso, la mayoría de los especialistas, sin embargo, no dudan en ningún momento de la veracidad de este encuentro, comenzando por José Vives Gatell, quien analizó con todo lujo de detalles las diferencias entre los textos de Poggio y de Tafur, para concluir que, pese a las diferencias aparentes, ambos vienen a describir los mismos acontecimientos cuando se refieren a las aventuras de Niccolò dei Conti.

Fuera real o imaginario el encuentro, lo que es seguro es que, al no poder llegar a la India, Tafur se las ingenió para tratar de las maravillas de esas tierras incorporando el relato de Niccolò dei Conti. Y es que la mayoría de los autores de los libros de viaje en la Edad Media, y desde luego el andaluz no es una excepción, carecen de una gran cultura humanística, aunque conocen y reproducen constantemente ciertos episodios legendarios de la antigüedad clásica, muy presentes en la mitología del hombre medieval, como los referidos a los héroes troyanos o a Alejandro Magno, y un sinfín de matices del vasto Oriente que empezaba, precisamente, en la tierra de los griegos.

De ser cierto el encuentro y el relato de Conti a Tafur, sólo podemos concluir que el primero tomó al segundo por un ingenuo turista dispuesto a creer las fábulas acerca del Preste Juan a pies juntillas. ¿Cómo explicar, si no, la total ausencia de estas referencias en la obra de Poggio? A Tafur, Conti le dice: “...como llegué a la India, fui levado al Preste Juan (...) era muy grande señor e tenia veinte y cinco reyes a su servicio. (...) el Preste Juan e los suyos son tan católicos e buenos que más no se podría decir, pero que no han noticia ni se rigen por la nuestra iglesia de Roma (...) Dize (...) que estando él allá, vido dos veces embiar embaxadores el Preste Juan a los príncipes de acá, pero que no oyó decir que oviese respuesta de ellos”²³. Para dotar de mayor colorido y veracidad al relato, se nos describe incluso el procedimiento por medio del cual se elegía sucesor del todopoderoso monarca. Los nobles de más edad observaban durante un tiempo a los posibles candidatos y, finalmente, elegían al más apto de común acuerdo: “...es en la India una montaña muy alta e (...) un monesterio muy notable, donde acostumbran, los que tienen grado de Preste, embiar por elección doze varones antiguos nobles de linaje e de virtud para que elijan Preste Juan cuando vacare (...) los hijos mayores e las hijas embíanlos allí (...) casan unos con otros (...) les dan las cosas necesarias para la vida (...) caballos e armas (...) les muestran el arte de gobernar (...) E aquellos electores (...) miran cuál de aquellos les parece que deve suceder en la señoría cuando vacare el Preste Juan”²⁴.

Tafur muestra frecuentemente su desconfianza hacia las personas que encuentra en su camino y considera perfectamente natural el recurso del engaño para protegerse. Precisamente en su encuentro con Conti puede observarse esta conducta con toda claridad. Refiriéndose a ese momento nos cuenta: “e yo le dixé cómo era de Italia e me avia criado con el rey de Chipre”²⁵. Al transmitir al mercader italiano su deseo de continuar viaje hacia la India, y como quiera que éste se mostrara preocupado por su integridad física si lo hacía, decide confiar en él y confesarle: “dixele como yo era Fidalgo e caballero natural de España”²⁶.

Una vez hechas las presentaciones, resulta inverosímil que, según nos cuenta Tafur, el italiano le pidiera consejo para la venta de los objetos que traía consigo, en especial pociones milagrosas desconocidas en Occidente. Ni que decir tiene que el andaluz le

²² PÉREZ PRIEGO, M.A. “Estudio literario de los libros de viajes medievales”, *Epos*, 1, 1984, p. 230.

²³ PÉREZ PRIEGO M.A. (ed.), *Ibid*, pp. 96-104.

²⁴ *Ibid*. p. 98.

²⁵ *Ibid*. p. 95.

²⁶ *Ibidem*.

recomienda inmediatamente España como el lugar más idóneo para tal fin, lo que, como no podía ser de otra manera, le parece una idea excelente a Conti.



Fig. 7. Imagen del Preste Juan en un atlas elaborado para la reina María Tudor en 1558. Aparece entronizado como rey de Etiopía (British Library)

La invención de Tafur rebasa los límites de un encuentro que tal vez nunca llegó a producirse. Llega incluso a afirmar que Conti le entregó unas memorias manuscritas y ciertas cartas con el objetivo de que el caballero español las entregara en Venecia. En todo caso tales textos jamás han aparecido pero, indudablemente, la referencia a las mismas en el texto de Tafur le otorgan a éste una notoriedad evidente, habida cuenta del prestigio que, cuando se redactan las *Andanças e Viajes*, tenía el mercader italiano.